

*Adalberto Metzinger, O.S.B.  
Profesor de la Facultad de S. Teología  
Universidad Católica de Chile.*

LA PALABRA DE DIOS  
(Don — presencia — eficacia)

Tema fecundísimo es comparar el Verbo de Dios encarnado en la persona de Jesucristo con el Verbo de Dios “encarnado” en la Sagrada Escritura, o sea, en la terminología de la literatura patristica, el “lógos énsarkos” y el “lógos émbiblos”. Los Padres indagaron con alguna predilección esta mutua relación (1). Como es manifiesto, primero, “toda comparación claudica” y, por consiguiente, no se puede hablar de una identificación tal que nos permitiera una libre elección del segundo (“sola Scriptura”) en perjuicio del primero. Pero, sin embargo —segundo—, tales consideraciones tienen el valor no sólo de una pía edificación, sino que contienen también normas profundísimas y decisivas para una justa concepción, fecunda lectura y sana interpretación de las Sagradas Escrituras, ya sea que éstas se hagan por motivos puramente religiosos o por interés estrictamente científico.

Sería además muy saludable extender este método comparativo a otros aspectos, bajo los cuales el mismo Logos, la misma Palabra de Dios se hizo “carne” o, por decirlo así, se “humanizó”, “por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió de los cielos” (Credo) y “condescendió” hasta nosotros, bajo especies creadas: particularmente de pan y vino (el Verbo de Dios eucarístico), de la Iglesia y de los miembros del Cuerpo místico de Cristo (el Verbo de Dios místico) (2). Tal

---

(1) Me permito citar un pasaje del Papa Pío XII, que extiende esta comparación a los predicadores de la Palabra de Dios: “Entre la encarnación y la predicación del Verbo de Dios hay una estrecha conveniencia, una admirable proximidad y parentesco. El discípulo de Cristo en forma semejante a la Beatísima Virgen María ofrece, dona, da a Cristo a los hombres; es portador de Cristo (christifer). La Virgen María, Madre de Dios, vistió a Cristo con el vestido de los miembros; el predicador del Evangelio lo viste con el cuerpo aéreo de las palabras: allí y aquí está la Verdad que enseña a los hombres, que a los hombres ilumina y salva; el modo es desigual, la virtud la misma” (A.A.S. 38, 1946, 380).

(2) Si recorremos el tratado de la Santísima Eucaristía o de la historia de la Iglesia, vemos realmente repetirse allí lo que del Verbo de Dios personal se ha dicho o hecho. La historia de la Cristología con sus controversias con el gnosticismo, el arrianismo, el docetismo, el nestorianismo, ¿acaso no tiene algo parecido en la historia de la exégesis con sus tendencias extremas del pietismo, racionalismo, etc.? Y ¡cuántas veces Jesucristo mismo ha hecho semejantes casi-identificaciones; recordemos solamente: “El que a vosotros oye, a mí me oye...” (Lc. 10, 16); “Cuánto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis...”! Mt. 25, 40, 45).

visión de conjunto, tal contemplación de Jesucristo, Nuestro Señor y Salvador, Dios-Hombre, enseñada a nosotros especialmente por Jesús mismo y por su discípulo predilecto San Juan, nos proporcionará un conocimiento más y más perfecto del único y mismo Cristo, de todo Cristo y también del "alter Christus". Nos conducirá además a una lectura más gustosa y práctica, más abierta y luminosa del Evangelio y, en general, de todo el libro de la Palabra de Dios, del Antiguo y del Nuevo Testamento. ¡Que "nuestra más intensa dedicación consista, pues, en meditar la vida de Jesucristo" (3), bajo los varios puntos de vista, bajo las diferentes especies de su "encarnación" y humanización!

He aquí algunos pensamientos, algunas breves y simples alusiones que quieren aclarar este paralelismo entre la Santísima *Eucaristía* y la Sagrada *Escritura*, esta relación entre la Palabra de Dios eucarística y la Palabra de Dios escriturística, conexión particularmente íntima en la *Liturgia* de la Santa Misa y de los demás santos Sacramentos. Sin duda los profetas y los apóstoles especialmente fueron hondamente penetrados del sentido de ser "diáconos, ministros litúrgicos, de la Palabra de Dios" (4). El tema "*La liturgia de la Palabra de Dios*" está en estrecha conexión con la celebración del misterio del Altar; merecería particular atención y diligente estudio hoy día, cuando, precisamente, la predicación sagrada plantea varios y urgentes problemas (5).

Escogimos en el presente estudio tres puntos de vista de esta Palabra de Dios, tres puntos de contacto con la Santísima Eucaristía: su calidad de don divino, la presencia de Jesucristo en ella, su eficacia.

#### LA PALABRA DE DIOS – DON DIVINO.

Sin duda la Encarnación del Verbo de Dios es el don más grande que Dios ha podido hacer a la humanidad: "Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que creyere en El no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Jn. 3, 16). ¿Quién podría dudar que la Santísima Eucaristía es el don más grande que Jesús ha podido dejarnos? "In finem dilexit eos: amó a los suyos hasta el extremo", dándose a sí mismo (Jn. 13, 1) (6).

En esta misma forma la Sagrada Escritura, esta encarnación del Verbo Divino en la letra humana, es esencialmente un don de Dios, bajo muchos aspectos: por ella nos da p. ej. una luz para alumbrar nuestra vida (cf. Salmo 118, 105; 2 Petr. 1, 19); un alimento, el pan cotidiano para nutrirnos y fortificarnos (cf. Dt.

(3) Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, lib. I, cap. 1, n. 1.

(4) Cf. p. ej. Jer. 1, 9 (también en la Misa de los Sumos Pontífices); Act. 6, 2-4; Eph. 3, 7.

(5) Véase p. ej. la magistral reseña de los padres jesuitas Z. Alszeghy y M. Flick: *Il problema teologico della predicazione*, en la revista "*Gregorianum*" (Roma 1959), págs. 671-744, en la cual se tocan también cuestiones de "la teología de la palabra de Dios" y de "la teología kerygmática".

(6) Cf. p. ej. en el himno eucarístico "Verbum supernum" esta estrofa: "Se nascens dedit socium, convescens in edulium, se moriens in pretium, se regnans dat in praecium".

8, 3 y Mt. 4, 4 y como en la antigüedad cristiana la lectura de la Sagrada Escritura fue concebida como una comunión espiritual); una medicina para sanar; una semilla que debe crecer, desarrollarse, fructificar; una rociada de agua en medio de los calores quemantes de esta vida; un guía y una norma de vida; un arma potente, invencible y siempre victoriosa, puesta a disposición del hombre que milita bajo Cristo Rey.

La *"Imitación de Cristo"* tiene un hermoso capítulo sobre "las dos mesas colocadas a la derecha y a la izquierda del tesoro de la Santa Iglesia: la mesa del Altar, donde está el pan santo, es decir, el precioso Cuerpo de Cristo; y la mesa de la Ley divina, que contiene la doctrina santa, educa en la verdadera fe y guía con seguridad hasta la parte más íntima del Sancta Sanctorum . . . Sí, incluso en la cárcel de este cuerpo, sin estas dos cosas no podría vivir bien, porque la palabra de Dios es luz para mi alma y tu Sacramento es pan de vida" (7).

En el así llamado Miércoles "in mediana", después del cuarto domingo de Cuaresma, los catecúmenos de Roma eran conducidos antiguamente a la tumba del apóstol San Pablo, modelo de "cuántos en seguida creerán en Jesucristo para la vida eterna" (1 Tim. 1, 16). Esta función sagrada se titulaba "in aperitione aurium (apertura de oídos)". Era entonces un momento solemne cuando salían del Sagrario cuatro diáconos con los cuatro evangelios, que depositaban en los cuatro ángulos del Altar. Luego el obispo explicaba por vez primera a los candidatos al bautismo el comienzo de los cuatro evangelios (flor y síntesis, plenitud de toda la Sagrada Escritura), después el Credo y el Padrenuestro (8). Era la entrega solemne —y nótese bien: desde el Altar—, de la Sagrada Escritura como don de Dios, como guía y norma de vida, como instrumento de santificación. Se renovaba así el milagro que Jesús, la Palabra de Dios, había obrado al sanar al sordo: "¡Efeta, esto es, ábrete!" (Mc. 7, 33: todavía hoy día esta es una parte del rito del bautismo). También nosotros deberíamos, cada mañana, al acercarnos al Altar de Dios, recibir de sus cuatro ángulos los cuatro evangelios y toda la Sagrada Escritura, esta "palabra de vida y salvación" (cf. Jn. 6, 68; Act. 13, 26; Phil. 2, 16) y del mismo Altar "el pan de la vida" (Jn. 6, 32-59).

No quiero dejar pasar la oportunidad de citar la magnífica homilía pronunciada por Su Santidad Juan XXIII, felizmente reinante, en la toma de posesión de la Basílica Lateranense, el 23 de noviembre de 1958: "En el punto a que la S. Liturgia nos ha llevado, todo se recoge ya en el Altar sagrado y bendito, donde los ojos contemplan dos objetos sumamente preciosos y venerados: *un libro y un cáliz*. Entre el libro y el cáliz poned al Sumo Sacerdote: poned con El a todos los participantes en el sacerdocio, de todas las lenguas y de todos los ritos, aquí o en todos los puntos de la tierra . . . Esta es la consigna, esta es la misión del libro abierto en el Altar: enseñar la verdadera doctrina, la recta disciplina de la vida, las formas de elevación del hombre hacia Dios . . ." (9). Libro y cáliz en el Altar de Dios son

(7) Lib. IV, cap. 11, especialmente n. 4.

(8) Cf. A. I. Card. Schuster O.S.B., *Liber Sacramentorum*, tomo III, Barcelona 1942, 139-153.

(9) *Osservatore Romano*, edición castellana del 4-XII-1958, pág. 5.

sobre todo dones de Dios mismo, dones sumamente preciosos, con los cuales podemos dignamente celebrar la sagrada liturgia que culmina en el sacrificio del Altar, en la Eucaristía, esta solemne divina acción de gracias.

Como junto al pozo de Jacob a la samaritana, así nos dice Jesús, desde el Altar y desde el Misal, a nosotros: "¡Si tú conocieras el don de Dios!", la Sagrada Escritura, que es un manantial de vida. La Iglesia entera suplica durante el Adviento a la Virgen de Nazaret, pidiéndole que acepte la Palabra de Dios, que le es transmitida por medio del ángel Gabriel ("Suscipe Verbum, Virgo Maria, quod tibi a Domino per Angelum transmissum est"). Así también la Madre Iglesia nos suplica, durante la lectura y la meditación, especialmente durante la S. Misa: "¡Recebe la Palabra, acepta la Sagrada Escritura!" (10).

#### LA PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA PALABRA DE DIOS.

"Creemos que Dios está presente en todas partes . . . , pero sobre todo debemos creerlo sin la menor vacilación cuando asistimos al oficio divino . . . Estemos, pues, en la salmodia de tal modo que nuestra mente concuerde con nuestra voz" (11), es decir, con las palabras de Dios en nuestros labios. Según el mismo San Benito (12), en las vigiliias "el abad lea la lección de los evangelios, estando todos de pie con reverencia y temor".

San Antonio, aquel gran hombre de Dios en Egipto, entró un día a la iglesia y oyó allí las palabras del evangelio: "Si quieres ser perfecto, ven, vende todo lo que tengas y dáselo a los pobres". Esto le hizo el efecto de un golpe, y su conversión estaba decidida. "Como si aquellas palabras hubieran sido dichas expresamente para él —dice su Vida—, así creyó tener que obedecer inmediatamente a Cristo Señor". Escuchando y leyendo el Evangelio y los demás escritos inspirados, dejémonos golpear también nosotros por la voz de Dios, profundamente penetrados de su presencia en la Palabra. "Abiertos nuestros ojos a la luz deífica y con los oídos atónitos escuchemos lo que a diario (y particularmente en la S. Misa) nos amonesta la voz divina que clama: Si oyeres hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones . . ." (13). San Ignacio de Antioquía en su carta a los Filadelfos (n. 5) tiene una clásica formulación de esta verdad: "Confugio ad Evangelium tamquam ad corporaliter praesentem Christum: él se refugia en el Evangelio de la Encarnación del Hijo de Dios como entre los brazos mismos del Señor" (14).

Sin duda alguna, es la celebración de la Eucaristía la que solemniza en una manera única e insuperable la presencia de la Palabra de Dios: verbo et opere. Y es la Epístola a los Hebreos (aquella que trata in extenso del sacrificio del Antiguo y

(10) Con gran provecho se leerá también el discurso que el Papa Juan XXIII dirigió a los clérigos de Roma, el 28-I-1960, sobre "el camino del seminarista", particularmente el segundo pensamiento: "Accipite librum et devorare illum, tomad el libro y devoradlo" (*Osservatore Romano*, ed. castellana de 3-III-1960, pág. 4 y sigu.).

(11) San Benito, *S. Reglas*, cap. 19.

(12) *S. Regla*, cap. 11.

(13) S. Benito, *S. Regla*, Prólogo.

(14) Cf. edición S. Huber, Buenos Aires 1945, 63.

del Nuevo Testamento) la que insiste fuertemente también en la continuidad y armonía de la Palabra del mismo Dios en los dos Testamentos, en la actualidad y presencia de Cristo, del mismo Logos divino "ayer, hoy y por todos los siglos" (13, 8; cf. también 1, 1-4).

La liturgia de la Misa solemne, en particular respecto al Evangelio y Evangeluario, es toda inspirada y penetrada por este espíritu de fe en la presencia de Cristo, Palabra de Dios. También el arte cristiano, por amor al mismo Logos divino, ha dedicado sus mejores esfuerzos al Evangeluario.

Antes de su Ascensión Jesús ha entregado a sus apóstoles la misión de la enseñanza cristiana, el ministerio de la Palabra de Dios ("Id, pues, y amaestrados..."), añadiendo la solemne promesa de su presencia y asistencia: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos" (Mt. 28, 18-20): presencia jurídica, en la persona de sus representantes; sacramental, en la Eucaristía; espiritual, con su divino Espíritu y en sus palabras que "no pasarán" (Lc. 21, 33). Nótese, en fin, aquella otra promesa de su presencia, según Mt. 18, 20: "Dondequiera que estén dos o tres reunidos en mi nombre (en la oración, en el sacrificio de Cristo), allí estoy yo en medio de ellos", siendo nuestro Emmanuel, "Dios con nosotros" (Mt. 1,23).

#### LA EFICACIA DE LA PALABRA DE DIOS.

El año 1917, en medio de la gravedad de esos momentos, el Papa Benedicto XV publicó la encíclica "Humani generis" sobre la predicación de la Palabra de Dios. Inmediatamente al principio trata la tremenda responsabilidad del sacerdote y dice: "Varias y múltiples son las causas de estos males, pero nadie negará tampoco que desgraciadamente los ministros de la Palabra de Dios no saben aplicar a estos males el remedio adecuado. ¿Acaso la Palabra de Dios dejó de ser tal como la escribió el Apóstol: "viva, eficaz y más cortante que una espada de dos filos"? ¿Acaso el largo uso embotó el filo de esta espada? Si esta espada no corta siempre, ciertamente hay que atribuirlo a la falta de los ministros que no la tratan como conviene. Tampoco se puede decir que los apóstoles vivieron en tiempos mejores que los nuestros, como si en aquel entonces la docilidad al Evangelio hubiere sido mayor, o menor la contumacia contra la ley divina..." (15).

El evangelio especialmente consolador de las tentaciones a que Dios expuso a Cristo en su naturaleza humana (Mt. 4, 1-11), nos muestra cómo, con qué arma tenemos que superar también nosotros toda tentación: Esta arma es el "Scriptum est (está escrito)", es la Palabra de Dios, palabra de divina autoridad, expresión de su voluntad todopoderosa; palabra que crea, mientras es pronunciada por Dios o en su nombre (16). San Pablo nos invita a revestirnos de la armadura de Dios para poder

---

(15) A.A.S. 1917, págs. 305-317.

(16) Cf. p. ej. el capítulo primero del Génesis o en los Salmos: "Dixit, et facta sunt: ipse mandavit, et creata sunt", o en el misterio de la fe de la Transubstanciación en la S. Misa.

resistir a los asaltos del Malo. La última, pero no menos importante pieza de esta armadura, es "la espada del espíritu que es la Palabra de Dios" (Eph. 6, 17). Más elocuente aún es la Epístola a los Hebreos (4, 12): "La Palabra de Dios es viva, eficaz, y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (17).

No cabe duda que la Palabra de Dios manifiesta y ejerce esta eficacia, su potencia victoriosa y creadora particularmente en la S. Misa, y no sólo en las lecciones de la Misa: el acto litúrgico mismo es Palabra de Dios, es solemne anuncio y proclamación, vívida predicación y evangelización, cuyo objeto es la vida, pasión, muerte, resurrección, ascensión de Jesucristo. "Quotiescumque... cuántas veces comáis este pan y bebáis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga" (1 Cor. 11, 26). Los discípulos de Emaús reconocieron a Jesús en la fracción del pan (Lc. 24, 35). "Nosotros predicamos (especialmente desde el Altar y en el misterio del Altar) un Cristo crucificado... que es la fuerza de Dios y sabiduría de Dios". ¡Cuánto insiste San Pablo en "la palabra de la cruz" y "que no se desvirtúe la cruz de Cristo!" (1 Cor. 1, 17-25). Ella es su evangelio, y este es "una fuerza (dynamis) de Dios, ordenada a la salud para todo el que cree..." (Rom. 1, 16). Esta palabra de Dios quiere crecer y fructificar, fortalecerse y multiplicarse (cf. Act. 6, 7); su terreno más propio es el Altar, el campo de la Sagrada Liturgia, del Opus Dei.

"La Santa Misa es catequesis viviente y predicación. Es la profesión oficial de la fe enseñada por la Iglesia. El misterio más propio del magisterio eclesiástico es la Liturgia, donde el misterio de la Redención vive y actúa. La Liturgia nos educa cristianamente al hacernos participar en el misterio de Cristo. La Misa es además, por su Liturgia sobre todo, catequesis y predicación de la palabra, que forma parte integrante del misterio que se celebra... El Obispo, sucesor de los Apóstoles es el responsable de la Evangelización; los demás cooperan a su tarea... Toda obra de Evangelización, para ser auténtica, ha de cuidar solícitamente de llevar a las almas a un conocimiento más lleno de Jesucristo, conduciéndolas por los caminos de la salud eterna...(18), ante todo y sobre todo por medio de la Sagrada Liturgia con sus dos

---

(17) Bajo otra imagen y en contexto particular: "Como bajan la lluvia, y la nieve de lo alto del cielo, y no vuelven allá sin haber empapado y fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer, así la palabra que sale de mi boca no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que yo quiero y cumple su misión" (Is. 55, 10 ss.).

(18) Carta Pastoral Colectiva, "*El problema de la Evangelización en nuestro tiempo*": Resoluciones de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile 1959, particularmente n. 17: "La tercera forma específica de la Evangelización es la Sagrada Liturgia, que S. Pío X llamó con razón "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano"...".

objetos principales y sumamente preciosos, *el libro y el cáliz*, siempre presentes y a nuestra disposición, siempre eficaces (19).



En nuestros días se nota un movimiento prometedor en la vida de la Iglesia, un movimiento de renovación, de renacimiento, de retorno a las fuentes de vida y santidad: movimiento litúrgico, movimiento encarástico en particular, movimiento misionero y movimiento bíblico (el cual en realidad ha animado, impelido y nutrido los demás). ¡Que no nos toque jamás el reproche divino de Jer. 2, 13: "Me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas, aljibes agrietados, que no retienen el agua". ¡La Liturgia eucarística del Altar y la Liturgia de la Palabra de Dios en la S. Misa sean, en una armónica colaboración, el primer programa de nuestra labor sacerdotal!

---

(19) Entre varios otros estudios se recomiendan especialmente el del padre, ahora Cardinal A. Bea, S.J., *Valeur pastorale de la parole de Dieu dans la liturgie*, La Maison-Dieu 47-48, 1956, 127-148; el de C. Charlier, O.S.B., *La lectura cristiana de la Biblia*, Barcelona 1956, último capítulo: "El misterio de la Biblia en la Iglesia", y de V. Vagaggini, O.S.B., *El sentido teológico de la Liturgia*, ed. B.A.C., Madrid 1959, passim.